

cual está significada en el corazón, por cuanto, según el Filósofo,⁹ es el primero que vive y último que muere en el hombre) es participada de Dios, como si hubieran oído aquello de San Pablo:¹⁰ en él somos y vivimos. Tenía otra cara en el cerebro, a manera de hombre muerto, para denotar que así como en él está la vida, está también la muerte, y en su voluntad darla cuando quisiere.

Al dios Quetzalcohuatl pintaban en un ídolo muy grande y disforme, barbado y largo de rostro, y esto significaba que el aire se extiende y alarga mucho, por muchas partes, variando sus tiempos. Barbado, porque había pronosticado la venida de la gente barbada que había de venir a señorear estas tierras. Echado y no en pie, para denotar su ausencia. Al dios Tlaloc le pintaban de color azul y verde, denotando los visos de las aguas, por ser él dios de ellas. Poníanle en la mano una señal de oro larga y culebreada y muy aguda de la punta, para denotar los relámpagos y truenos y rayos, que de ellos salen cuando llueve. El dios de los tlaxcaltecas, llamado Camaxtli, tenía diez saetas en su mano, denotando su poder y el favor que a los suyos hacía en las guerras venciendo a sus enemigos. Otras muchas imágenes y figuras tenían con otras muchas representaciones, las cuales callo porque no pretendo sino probar, con lo dicho, lo propuesto en el capítulo y decir el intento de sus significados en las insignias de las estatuas.

CAPÍTULO XXXVIII. *De cómo estos indios mexicanos hacían y formaban la estatua de su mayor dios, llamado Huitzilopuch-tli, de varias y diferentes semillas*



EMÁS DE LA IMAGEN Y FIGURA que en el templo mayor de Mexico tenían puesta a su falso y abominable dios Huitzilopuch-tli (como ya hemos dicho) hacían cada año otra confeccionada y mezclada de diversos granos y semillas comestibles; la cual se formaba de esta manera: en una de las salas más principales y curiosas del templo (que era cerca de su altar y cu) juntaban muchos granos y semillas de bledos y otras legumbres y molíanlas con mucha devoción y recato, y de ellas amasaban y formaban la dicha estatua, del tamaño y estatura de un hombre. El licor con que se revolvían y desleían aquellas harinas era sangre de niños, que para este fin se sacrificaban, cuyo intento era denotar en la simplicidad y inocencia de la criatura la de el dios que representaba la dicha estatua. Después de formada, la tomaban en palmas los sacerdotes y sátrapas y con grande reverencia y estimación la subían al cu y altar que le tenían muy compuesto y aderezado, asistiendo a este acto todos los ministros, y sonando las trompetas y otros instrumentos que hacían mucho y muy gran ruido, y iban delante muchos bailando y cantando. Esto era de parte de noche, y

⁹ Arist. de Somn & Vigil. cap. 2. & de Iuv. & Senect. cap. 1. et 2.

¹⁰ Ac. Apost. 17.

luego a la mañana iban los ministros y summo sacerdote a consagrarla y bendecirla (si consagración y bendición pudiera llamarse, aunque estos mismos indios nombraban este acto con este mismo lenguaje), a cuya bendición y consagración se hallaba todo el pueblo y otra mucha gente que de otras partes concurría a ver la dicha ceremonia que hacían con muchas ceremonias y palabras supersticiosas.

Hecha la consagración, llegaban todos los que podían a tocarle con las manos, ojos y boca, como cuando se toca una reliquia o cuerpo santo (aunque aquél era retrato del demonio) y juntamente le sembraban todo su cuerpo de joyas de oro y de piedras preciosas y de valor, conforme cada cual traía la devoción y tenía el posible, lo cual era fácil de introducir en la forma de el ídolo por estar fresca y tierna la masa de que estaba compuesto. Y hacían esta liberal ofrenda, pareciéndoles que hacían un muy gran servicio a su dios, y que por él les perdonaba sus pecados (que es lo que en doctrina católica y sana nos dice la Sagrada Escritura, que la limosna disminuye el pecado, y si hecha al prójimo tiene esta fuerza, mucho mayor será hecha ofrenda a Dios; de manera que aunque aquí no es de calidad meritoria por ser hecha al demonio, al fin se hacía por incitación suya), queriendo dar a entender que les valía para su limpieza y purgación de culpas a los que la hacían y daban. Pasado el día de la consagración de aquel diabólico y infernal pan y masa, no podía tocarle nadie ni entrar en su capilla, sino sólo el sumo sacerdote.

Luego aquella mañana, que ponían el ídolo en el altar, le hacían muy solemne ofrenda y sacrificio. Iban luego por la estatua y ídolo de el dios Paynalton, que es el dios de la guerra, vicario o sota-capitán del dicho Huitzilopuchtili, hecha de madera, la cual llevaba en brazos un sacerdote que representaba al dios Quetzalcohuatl, vestido con sus ropas y ornamentos, muy rica y curiosamente; al cual precedía otro, con una culebra muy grande y gruesa en las manos, tortuosa y con muchas vueltas, que iba delante levantada en alto, a manera de cruz en nuestras procesiones. Hacían una muy gran procesión acompañados de toda la gente, y a trechos y en diferentes cúes y altares le hacían sacrificios los sacerdotes que los servían, así de cautivos como de codornices. Y la primera estación era al barrio de Teotlachco, donde le mataban dos cautivos y otros muchos esclavos; y llegando a esta parte de la ciudad, llamada Tlatelulco, donde escribo esto, lo salían a recibir muy solemnemente y le sacrificaban gran número de codornices. De aquí pasaba a Popotlan, y después de haberle incensado con grandes ceremonias le hacían el mismo sacrificio. De aquí pasaban a Chapultepec, casi una legua de la ciudad, y le hacían la misma ofrenda y sacrificio. Luego volvía a otro barrio, llamado Tepetoca, y la gente de él le recibía con otras semejantes fiestas y sacrificios. Luego a otro, llamado Acachinanco, con la misma fiesta y honra. De aquí venían al templo de donde habían salido y subían la imagen de Paynalton al altar donde estaba la de Huitzilopuchtili, y dejábanla allí, con la bandera que había ido delante, llamada ezpaniztli; sólo se llevaban la culebra y la ponían en otro lugar para ella diputado.

Hecha esta procesión, que duraba lo más de el día, estaba ya aparejado todo lo necesario para el sacrificio, para cuyo comienzo tomaba el rey o señor supremo el incensario y echando incienso en él, con ciertas ceremonias, incensaba la imagen de su dios, haciendo oficio de sacerdote. Hecha esta ceremonia bajaban la imagen de Paynalton, delante de la cual iban todos los que habían de ser sacrificados y todo lo demás tocante al sacrificio, y daban tres o cuatro vueltas al templo, en manera de procesión, y luego subían a los míseros hombres a lo alto y sacrificábanlos comenzando por los cautivos en guerras y acabando aquel horrendo acto con los esclavos cebones, para aquellos comprados, sacándoles los corazones y arrojándolos a los pies del ídolo.

Todo este día era de grandísima fiesta y regocijo, en el cual los sacerdotes tenían mucho cuidado de guardar la dicha estatua, velando toda la noche con mucha vigilancia para que no sucediese haber algún defecto o descuido en todo lo tocante a su veneración y servicio. Otro día, de mañana, bajaban la dicha estatua, y puesta en pie en una sala, entraban con ella el sacerdote Quetzalcohuatl, que el día antes había andado la procesión con la estatua de Paynalton en brazos; y el rey, con uno de los más privados del dicho dios Huitzilopuchtlí, llamado tehua, con otros cuatro grandes sacerdotes y otros cuatro mancebos principales de los que tenían a cargo a los otros mozos del templo, llamados telpochtlatoque, en cuya presencia (y no de otro alguno) tomaba un dardo Quetzalcohuatl, en cuyo remate tenía un casquillo de pedernal y tiraba al ídolo al pecho, con el cual le pasaba y el ídolo caía. La cual ceremonia se hacía diciendo que era matar al dios Huitzilopuchtlí para comer su cuerpo. Luego acudían los sacerdotes y uno de ellos le sacaba el corazón y dábalo al rey; y los otros hacían dos pedazos el cuerpo y la una mitad daban a los de este Tlatelulco, los cuales lo repartían muy por migajas entre todos los de los barrios, en especial a los mancebos soldados (sin dar a las mujeres nada de la masa del ídolo). Lo que quedaba a los de la parte de Mexico, llamada Tenuchtitlan, repartían en cuatro barrios, llamados Teopan, Atzaqualco, Quepopan y Moyotlan; y daban de él a los hombres, así grandes como pequeños y niños de cuna. Y ésta era su manera de comunión (como en otra parte decimos) y llamábase esta comida teoqualo, que quiere decir dios es comido; y con esto cesaba esta compostura de imagen y simulacro del demonio, continuada por todos los años en uno de los meses de él.

